



La visión de Pío XII

La noche del primero de diciembre de 1954 Su Santidad Pío XII se moría. No tenía fuerzas ni para levantar la mano. En los templos cristianos—no sólo en los católicos, sino hasta en los protestantes y cismáticos—las multitudes oraban por él. En la gran Plaza de San Pedro, a pesar de lo crudo de la noche invernal, hombres y mujeres de no pocas naciones rezaban también de rodillas.

El Papa no ignoraba su estado. Pese a su debilidad física conservaba despejada la mente. En un momento en que quedó solo por completo oyó una voz que le decía:

—¡Tendrás una visión!...

Tan sólo muy vagamente puede uno formarse idea de la emoción que aquellas palabras le produjeron. Dió gracias por esto y, alegremente, como un chiquillo cansado, se quedó dormido.

La mañana del 2 de diciembre se despertó muy temprano. Con los primeros destellos de la aurora y con la luz reflejada de los faroles de la calle pudo discernir bien claramente todos los detalles familiares de su habitación. Sabía que se hallaba más débil que nunca, y, creyendo que estaba a punto de terminarse el período de su vida, comenzó a recitar su plegaria favorita: el «Alma de Cristo», de San Ignacio de Loyola.

Ai llegar a la frase «en la hora de mi muerte llámame», vió al Salvador en pie junto a su cama, silente, en toda su elocuente majestad.

El augusto enfermo pensó que, igual que muchísimos años antes el Maestro había venido por Pedro diciéndole «Sígueme», Jesús había venido ahora en busca de él. Así, pues, se dirigió al Aparecido gozosamente:

—¡Oh buen Jesús, llámame! ¡Manda-me ir a Ti!...

—Pero el buen Jesús no había ido a llevarse por entonces, sino sólo a confortarlo...

Efectivamente, Pío XII cuyo estómago no podía retener ningún manjar se reconfortó, el hipo pertinaz y violento que le había vuelto a molestar terriblemente desapareció.

Volvió a trabajar como antes de su enfermedad, la cual había durado un año, conforme al programa que había expuesto a los médicos, quienes le aconsejaban redujera un poco el ritmo tan agitado de su vida. Sonriente les había dicho:

—Un Papa debe trabajar hasta que se muera...

Moral sin Dios no es posible

Para obrar bien es ineludible renunciar y resistir. Renunciar al bien inmediato en aras del bien futuro, renunciar al bien propio en aras del bien general. Toda renuncia es un sacrificio.

Y ¿por qué se sacrificará el hombre? ¿De dónde le vendrá la obligación de sacrificarse y el sentimiento de esa obligación? ¿De sí mismo? ¿Será la conciencia humana la creadora de sus propias obligaciones sin ningún sentimiento de dependencia de algo superior a ella?

No; evidentemente que no. Si la ley nace de la conciencia, no puede obligar a la conciencia. El hombre no puede obligarse a sí mismo. El hombre no respeta más que lo que él no ha hecho, dijo el conde de Maistre.



(Depósito Legal L - 30 - 1958)

Glosas evangélicas

«Viendo Herodes que había sido engañado por los Magos, mandó matar a todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo» (Mat. cap. II, v. 16).

Herodes era el tipo del opresor sin escrúpulos. El reino lo tenía por la violencia de la fuerza, pues ni siquiera era israelita, sino idumeo. Para conseguir el poder hubo de luchar contra su hermano que murió en la contienda.



Santos Inocentes

Mató por celos a su mujer Marianné, y a su primera mujer llamada Doris la echó del reino con el hijo que de ella había tenido: Antipater. Luego hizo ahorcar a Aristóbulo y Alejandro, hijos de Marianné.

Antes, para contrarrestar el influjo de Aristóbulo y Alejandro, había mandado Herodes venir del destierro a Antipater y le había nombrado heredero de su reino. Pero pronto empezó a sospechar de él y lo hizo matar, cinco días antes de su propia muerte.

Estando para morir, como se enterase de que los israelitas, creyéndolo ya muerto, habían organizado actos de regocijo, mandó encerrar en el Hipódromo de Jericó a los magnates todos de Jerusalén, con la orden de que se les degollase el día en que él muriera.

¿Por qué tomó ojeriza contra Jesús? Por afán de mando, pues creía que aquel recién nacido podría un día disputarle el trono.

¿Por qué temes, oh Herodes, al Rey que va a venir? No quita reinos terrenos Aquel que da reinos celestiales».



Para elegir bien la consorte

Imploren con fervor el auxilio divino para que elijan según la prudencia cristiana, no llevados por el ímpetu ciego y sin freno de la pasión, ni solamente por razones de lucro o por otro motivo menos noble, sino guiados por un amor recto y verdadero y por un afecto leal hacia el futuro cónyuge, buscando en el matrimonio, precisamente aquellos fines para los cuales Dios lo ha instituido. No dejen, en fin, de pedir para dicha elección el prudente y tan estimable consejo de sus padres, a fin de precaver, con el auxilio del conocimiento más maduro y de la experiencia que ellos tienen en las cosas humanas, toda equivocación perniciosa, y para conseguir también más copiosa la bendición divina prometida a los que guardan el cuarto mandamiento: Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento en la promesa) para que te vaya bien y tengas larga vida sobre la tierra.

(De la encíclica «Casti connubii» de Pío XI).

Indicador Litúrgico

Día 28, Rojo. DOMINGO. — LOS SANTOS INOCENTES, MM. — Misa pr. Gl. 2 or. de la Oct. (o. c.) Cr. Pf. etc. de la Oct.

Día 29, LUNES. — Rojo. SANTO TOMAS, O. M. — Misa pr. 2 or. de la Oct. Cr. Pf. etc. de la Oct.

Día 30, MARTES. — Blanco. DE LA DOM. INFRAOCTAVA DE NAVIDAD. — Misa pr. 2 or. de la Oct. Cr. Pf. etc. de la Oct.

Día 31, MIERCOLES. — Blanco. SAN SILVESTRE I, Pp. C. — Misa Si diligis me, 2 or. de la Oct. Cr. Pf. etc. de la Oct.

Día 1 de Enero, JUEVES. — Blanco. LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR. — Misa pr. Cr. Pf. pr. de Navidad.

Día 2, VIERNES. — Blanco. DE FERIA. — Misa del día de la Circuncisión. Gl. sin Cr. Pf. Nav. PRIMER VIERNES.

Día 3, SABADO. — Blanco. DE SANTA MARÍA EN SABADO. — Misa Vultum. Gl. Pf. de la Virgen.

